

Vicente Muñoz Puelles

La voz del árbol

Ilustraciones de Adolfo Serra



XI PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Vicente Muñoz Puelles

La voz del árbol

Ilustraciones de **Adolfo Serra**

XI PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2014
© De las ilustraciones: Adolfo Serra, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Primera edición, abril 2014

ISBN: 978-84-678-6137-2
Depósito legal: M-6138-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

1. La casa de la colina	9
2. El murciélago	19
3. El dinosaurio	30
4. Mi familia y otros animales	39
5. Mi hermano Lucas	56
6. El árbol de los libros	66
7. Orlando	77
8. El libro de la selva	92
9. Últimas lecturas	106
10. La voz del árbol	120

Había estado recluido tanto tiempo, escribiendo
y leyendo, que casi había olvidado los encantos
de la naturaleza, que en junio pueden ser grandes.

Orlando, Virginia Woolf

1. *La casa de la colina*

CUANDO YO ERA niña, papá sacaba de paseo a nuestra perra Laika. No le gustaba hacerlo solo, y prefería ir con mamá o conmigo, desde el momento en que pude acompañarle. Mi hermano Lucas se cansaba pronto y quería volver a casa, y los mellizos, al menos al principio, eran demasiado pequeños para seguir nuestro paso.

Vivíamos en el campo, lejos de otra gente. Nuestra casa estaba en la parte alta de una colina. Tenía tejas de pizarra y un jardín en pendiente, salpicado de árboles: un algarrobo, varios almendros, un alto roble, un nogal y arces de distintos tipos.

Cada día, a media mañana, el viento empezaba a soplar de levante y hacía temblar todas las ramas. Como la puerta principal también daba al este, en otoño había que tenerla siempre cerrada, para evitar que las hojas secas entraran a raudales y llenaran la casa.

Desde mi habitación, cuando no había bruma, se veía la línea del mar a lo lejos, y el jardín entero parecía un barco erizado de mástiles, con su proa y su puente de mando, a punto de deslizarse colina abajo y de surcar el valle, rumbo a la costa.

A papá le gustaba emplear términos marineros. Había navegado poco, pero sentía predilección por las narraciones que transcurrían en el mar o en las islas. En muchas de sus historias aparecía un viaje en barco o un naufragio, y hasta había traducido un par de obras de Joseph Conrad, el novelista del mar, de las que estaba tan orgulloso y hablaba con tanto cariño como si fueran suyas.

Supongo que podría decirse que se había apropiado de ellas, como nos apropiamos de los libros que nos impresionaron de niños y forman parte de nuestros recuerdos, hasta tal punto que llegamos a dudar si lo que ocurre en ellos nos sucedió a nosotros.

Pero me adelanto, como siempre, y hablo de cosas de las que no tuve conocimiento hasta mucho después.

En verano, papá solía llevar una gorra blanca de marino, con visera, y en invierno un gorro de lana marrón, con una borla en la punta, que a mí me hacía pensar en los duendes.

—Deja que te ponga la amarra —le decía a Laika, mientras enganchaba la correa al collar.

Antes de que se lo dijera, la perra ya estaba dispuesta, impaciente, con los músculos tensos. En cuanto se le ponía la correa, tiraba con fuerza de papá, momento en el que él solía comentar que, aunque pareciese lo contrario, era Laika quien se apiadaba de él y lo sacaba a pasear, y no al revés.

Salíamos por la puerta del jardín. Ya en la calle, papá alzaba la cabeza y escrutaba el cielo.

—¡A barlovento! —exclamaba de pronto, como si los tres, Laika, él y yo, navegáramos a bordo de un velero, y torcíamos hacia la izquierda, con el viento de cara.

En realidad era el único rumbo posible si queríamos dar un buen paseo, porque cuando marchábamos a sotavento, esto es, en la dirección contraria, tardábamos muy poco en llegar a una plazoleta vallada por todas partes, y teníamos que volver.

Seguíamos la calle sin asfaltar hasta una explanada pedregosa y luego tomábamos un sendero flanqueado de arbustos más o menos frondosos, que discurría junto a un roquedal y desembocaba en un camino de cabras.

Allí, tras asegurarse de que no había gatos ni otros perros a la vista, papá soltaba a Laika.

Unas veces nos dirigíamos por el camino de cabras hacia el canal, contorneando un bosquecillo de pinos, y otras discurríamos entre plantaciones de naranjos y explorábamos el valle.

Mientras, papá me hablaba de los animales del campo y de la importancia de los libros.

Los animales del campo eran los que aparecían ante nuestros ojos durante el paseo: los abejarucos de alas doradas, que echaban a volar en cuanto nos acercábamos, para que fuéramos tras ellos y así alejarnos del cantil donde ponían sus huevos en pequeños túneles; los lagartos ocelados, que tomaban el sol sobre las rocas y al ser descubiertos huían hacia sus madrigueras restallando las colas, y los conejos y las liebres, que saltaban al paso de Laika y jugaban a esquivarla con sus requiebros, hasta que se lastimaba una pata o se cansaba, y volvía a nosotros con la lengua fuera.

De los libros decía que cuando uno se acostumbraba a su compañía desde la infancia, aumentaban las posibilidades de ser feliz, porque se volvía más sensible, más atento a los matices y a la infinita variedad de la vida, y que si yo me rodeaba de buenos libros, no me sucedería nada malo.

—Por eso —añadía, exultante— siempre duermo con ellos.



Era cierto. Como casi todas las noches se desvelaba y a las tres o a las cuatro de la madrugada acababa poniéndose a escribir, mamá y él tenían dormitorios separados.

Ella dormía con Platón, un gato de pelo gris, largo y sedoso, y papá junto a un montón de libros, dispuestos más o menos desordenadamente a su lado, en la cama. Eran, claro, los libros que estaba hojeando o leyendo cuando le sorprendía el sueño. Pero, en vez de depositarlos en una mesilla o en el suelo, los dejaba de tal modo que, cuando apagaba la luz y el dormitorio quedaba en penumbra, parecía como si en la cama, además de él, hubiese otra persona.

Una vez le pregunté si no se despertaba al darse la vuelta y tropezar con ellos.

—Sí —me contestó—, pero cuando los toco, me tranquilizo y enseguida vuelvo a dormirme.

También decía que la vida de una sola persona era tan corta que apenas nos daba tiempo para aprender algo por nuestra cuenta, y que por eso teníamos que recurrir a los libros, para aprender en ellos lo que otros habían vivido o imaginado.

Ahora me doy cuenta de que se dirigía a mí como a una persona mayor y no como a una niña, porque quería estimular mi curiosidad y abrir mis ojos al mundo, pero entonces me

inquietaba porque no siempre le comprendía, y me sentía torpe.

Llevaba un buen rato hablándome de la evolución de las especies, que era otro de sus temas favoritos, cuando no pude contenerme y se lo dije:

—Papá, no he entendido nada de lo que me has contado desde que salimos.

—No te preocupes —me contestó, divertido.

—Pero es que me gustaría entenderlo.

—Si no lo has entendido, es que no he sabido explicártelo. Mira, ¿ves toda esta vegetación, los matorrales y los árboles?

Hizo un amplio movimiento con el brazo, abarcando el paisaje.

—Sí.

—¿Ves a Laika y a las golondrinas?

Señaló tres golondrinas posadas en un cable eléctrico. El viento agitaba el cable, y las tres se balanceaban y movían al mismo tiempo sus colas, buscando el equilibrio.

—Sí, claro —le contesté.

—Pues todo esto, y también nosotros, es decir todos los seres vivos, plantas y animales, árboles y golondrinas, humanos y perros, estamos emparentados más estrechamente de lo que creemos, y tenemos un origen común.

Me quedé esperando, y al final le pregunté si eso era todo.

—¿Te parece poco? —me preguntó—. ¿No es sorprendente que las moléculas de las que estamos compuestos sean esencialmente las mismas en plantas y animales? Mucha gente no es consciente de eso.

—Yo siempre he sabido que nosotros somos animales también. Y es natural que los seres vivos se parezcan. Todo eso me lo has contado muchas veces. Me lo cuentas siempre que paseamos juntos. Solo que a veces lo haces de una manera que no entiendo, y creo que me estás contando otra cosa.

Me miró con asombro, como si me viese por primera vez.

—No sabía que me repetía. Siento ser tan pesado —se excusó—. Hay tantas cosas que me gustaría...

Se interrumpió. Justo delante de nosotros, un conejo acababa de salir de un arbusto y había echado a correr hacia el roquedal.

La perra fue tras él y yo los seguí.

—¡No te preocupes! —me gritó papá, sin alterar la marcha—. Laika es demasiado grande y pesa demasiado. No lo alcanzaría ni en sueños.

En efecto, Laika era una hembra de pastor alemán, no un galgo, y cada vez que corregía el

rumbo, porque su presunta presa corría en zigzag, tenía que esforzarse para no caer.

En el roquedal, el conejo subió un repecho e hizo algo asombroso, que nadie esperaría de un conejo. Se detuvo, dio media vuelta, se irguió sobre las patas traseras y se quedó con las orejas tiesas, mirando a Laika.

«Hasta aquí hemos llegado», parecía decir.

La perra también se detuvo en seco. Nos lanzó una mirada de reojo, como para comprobar que seguíamos allí, y se quedó quieta, al acecho, olisqueando al conejo pero manteniendo la distancia.

Era un ejemplar adulto, pero al lado de Laika parecía muy pequeño. Y, por alguna razón, no la temía.

Esa situación debió durar un par de minutos.

Finalmente, el conejo arrugó la nariz, dio otro salto y desapareció en una hendidura entre dos rocas. Al momento, Laika recuperó la confianza. Se lanzó hacia delante y se puso a olfatear la entrada de la madriguera.

—¿Ves? —dijo papá—. Todo es un juego. En el fondo, Laika no tiene la menor intención de atraparlo. Lo persigue porque el conejo echa a correr. Podría matarlo de un mordisco, pero nunca lo hará, porque entonces se acabaría la historia y no podrían seguir jugando.

Le pregunté si el conejo también lo sabía.

—Lo sabe o lo intuye —me contestó—, pero no se fía del todo. Y nosotros tenemos la suerte de haberlo visto y de poder contarlo. Algún día escribirás un libro donde salgan ambos, Laika y el conejo, y también nosotros.

Me eché a reír.

—Pero, papá, ¡si el escritor eres tú!

Papá me miró con gravedad.

—Todos somos escritores —dijo, muy serio—, pero no lo sabemos hasta que nos convencemos a nosotros mismos. Verás como algún día escribes ese libro.

La voz del árbol

Virginia vive en el campo con su familia, rodeada de animales y plantas. La convivencia con la perra Laika, la rana Renée, el hurón Hugo o el pájaro Grip es tan natural como con cualquiera de sus hermanos. Los animales parecen ser un miembro más de la familia.

Pero ese verano, Virginia descubre algo muy especial: una cabaña en un árbol en la que van apareciendo libros de forma misteriosa. ¿Quién los deja ahí? ¿Por qué?

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1525151

ISBN 978-84-678-6137-2



9 788467 861372